

CELCIT. Dramática Latinoamericana 421

ÁLBUM FAMILIAR

Joaquín Blanes

Todas las familias dichosas se parecen

Lev Tolstoi

PERSONAJES: M (2) / F (1)

Alfredo

Viejo

Hija de Alfredo

1. Salón de una casa bien amueblada, mezclando con poco gusto estilo moderno con clásico. La iluminación es sombría, como si las persianas estuvieran echadas. Un hombre de negocios, traje de chaqueta, corbata, reloj de pulsera ostentoso, el pelo engominado, las facciones del rostro marcadas con dureza y severidad. Habla con tranquilidad pero con firmeza. Un viejo andrajoso le acompaña en escena. Lleva la barba crecida y el pelo deshilachado. Una maleta vieja a su lado.

La cocina queda a la izquierda del público, el acceso a la parte superior de la casa a la derecha (se accede por unas escaleras) Estos espacios están ocultos al público. Por supuesto cualquier otra propuesta escénica será bien recibida.

ALFREDO

Recuerde, es provisional.

VIEJO

Nada es definitivo en esta vida.

ALFREDO

Ah, un poeta. Detesto los poetas. En esta casa hay unas normas que se cumplen escrupulosamente. Una rutina, unos hábitos, un horario. Tendrá que aceptarlas o dormirá en la caseta del perro.

VIEJO

Los últimos diez años he dormido en un catre comido por las chinches, esto no puede ser peor; y si al final termino en la caseta, el perro me dará calor.

ALFREDO

Ah, además de poeta, cínico.

Mi hija se levanta a las seis para entrar en el baño, pasa allí exactamente una hora, es la norma, después es mi turno, mientras ella prepara el desayuno yo me arreglo. Desayunará lo mismo que nosotros, zumo de zanahoria y avena, no habrá menú especial para usted, no puede haberlo, rompería una rutina que me ha llevado años establecer en esta casa. Mi mujer no pudo soportarlo y nos dejó.

VIEJO

Ah, estás divorciado.

ALFREDO

(No contesta)

(pausa)

VIEJO

Eso no lo sabía. Lo siento, hijo.

ALFREDO

Nueva regla, nunca me llame hijo. Llámeme Alfredo.

(El viejo se ríe)

ALFREDO

De qué se ríe.

VIEJO

Nada, cosas mías, me pareció que Alfredo era nombre de sirviente y no de señor.

ALFREDO

Ese es mi nombre ahora.

VIEJO

Ah, entiendo, entiendo. Alfredo, pensé que te llamabas Juan.

ALFREDO

Eso era antes.

VIEJO

Sí, hace diez años por lo menos.

ALFREDO

Mire, diez años nos han convertido en completos desconocidos. Usted desconoce cómo es mi vida y a mí no me interesa la suya. Si está aquí es porque el asilo se incendió, algún viejo loco como usted le prendió fuego premeditadamente. Si no fuera así...

VIEJO (interrumpiéndole)

Si no fuera así también estaría aquí. Lo sabes tan bien como yo. No es sólo por el incendio, es por tu campaña. Reconócelo, no te gustaría que tu oponente sacara a la luz tus trapos sucios. No sé si serás un corrupto o un depravado, o las dos cosas; como dices, a mí eso me trae al paio, sólo sé que no te gustaría que tu oponente supiera quién soy y por qué estoy encerrado en un asilo desde hace diez años; cuando, a la vista está, vives perfectamente bien.

ALFREDO

Ah, poeta, cínico y sincero, empieza a gustarme. Yo también conozco algunos trapos sucios de su pasado. Quid pro quo.

VIEJO

¿Quid pro quo? ¡Qué cojones quid pro quo! ¿Crees que podría caer más bajo si se supiera mi pasado? Y lo dice alguien que me amenaza con dormir con el perro. ¿Pero tú en qué mundo vives, Alfredo?

ALFREDO

Mire, dejémoslo estar, tendremos que convivir una temporada, hasta que el asilo sea reformado. Bastante tengo con haber destinado un buen dinero para su reconstrucción como para, además, tener que soportar su presencia.

VIEJO

Eso es amor al prójimo y lo demás es tontería. Me pregunto, por qué te interesa tanto dar dinero para reconstruir una mierda de asilo en el que nos trataban como indigentes y no como personas.

ALFREDO

Cuanto antes esté listo, antes podré devolverlo al lugar al que pertenece.

VIEJO

¿Yo pertenezco al asilo, eso crees? ¿De verdad piensas eso? Entonces deja que me vaya.

(El hombre coge la vieja maleta descolorida y se dirige fuera de escena).

ALFREDO

Espere (pausa), es verdad, le necesito en casa.

VIEJO

Lo sabía.

(Regresa al salón, suelta la maleta y se deja caer sobre el sofá poniendo los pies encima. Se relaja).

Ahh, qué mullido, qué suave, qué delicia; me parece estar acariciando la espalda desnuda de una mujer.

(Alfredo permanece hierático, asombrado, construyendo una mueca de crudeza).

¿Sabes lo que me vendría genial?, un refresco. ¿Puedes ponerme uno? ¿Por favor? No, qué digo un refresco, ponme un whisky de esos que tienes ahí, eso es para tus colegas importantes, ¿verdad? Tiene que estar buenísimo, ese sabor a madera fermentada, esa aspereza en la garganta, ¿sabes cuánto tiempo llevo sin tomar una copa? Diez años. ¿Y cuánto tiempo sin acariciar la espalda desnuda de una mujer?

ALFREDO

(con firmeza)

Diez años.

(De un manotazo le quita los pies del sofá).

Se lo dije al principio, en esta casa hay unas normas muy estrictas que me gusta que se cumplan a rajatabla. (Comienza a desabrocharse el cinturón). Mi casa, mis muebles, mi whisky, mis normas. (Saca el cinturón, lo alza con el gesto claro de golpear al viejo).

NEGRO

2. Mismo salón. La vieja maleta sigue ahí (seguirá ahí todas las escenas). Una joven, la hija de Alfredo, pone la mesa y trae la comida. Aparece Alfredo.

HIJA

¿Dónde está?

ALFREDO

Arriba, en el cuarto.

HIJA

¿Qué ha hecho?

ALFREDO

Infringir las normas.

HIJA

¿Me llevarás hoy al cine?

ALFREDO

Tienes que estudiar.

HIJA

Ya he estudiado.

ALFREDO

Tienes que estudiar más.

(La hija le pone un pollo asado delante y Alfredo da buena cuenta de él, sin perder la compostura, con calma y elegancia).

HIJA

¿Se quedará mucho?

ALFREDO

Seguramente no

HIJA

¿Y si se queda mucho?

ALFREDO

Entonces buscaré una solución.

(Alfredo termina de comer, se levanta. La hija se sienta a la mesa, coge un hueso de pollo y comienza a devorarlo. Alfredo se queda justo a su lado, hierático, adusto. La hija lo mira).

HIJA

(Levantándose con el plato en la mano)

Perdón, la norma.

ALFREDO

Por eso tienes que aplicarte más en los estudios.

(Pausa)

Deja algo para el viejo.

Te espero arriba. No tardes.

HIJA

Hoy no me apetece, papá.

ALFREDO

Voy a soltar al viejo. No tardes.

(Salen de escena).

3. Salón. Entra el viejo con un cubo de plástico en la mano. Aparece la hija. Se sorprende.

HIJA

Tú eres el viejo.

VIEJO

Qué suspicaz.

¿Dónde dejo esto?

HIJA

¿Qué es?

VIEJO

Mis heces.

HIJA

¿Heces?

VIEJO

Heces, inmundicias, porquería. Mi mierda. ¿Pero tú no estudias, niña?

HIJA

Todo el tiempo.

VIEJO

He tenido que cagar en un cubo porque el hijo de perra de tu padre no me dejaba salir.

HIJA

Tíralo al jardín.

VIEJO

¿Está en las normas?

HIJA

Tienes comida en la cocina.

(El viejo entra en la cocina, sale con un plato con los restos que quedan, se sienta en una silla frente a la mesa, con mucho cuidado, parece dolorido pero tampoco lo exagera).

HIJA

(Mirándolo severa, como hizo el padre con ella)

VIEJO

¿Quieres mordisquear los huesos? Tengo yo más carne en las canillas que este pollo.

HIJA

Tienes que comer en la cocina. Son las normas.

VIEJO

Ah, las normas.

(Se queda donde está y sigue comiendo. Alfredo silba como quien llama a un perro. La chica se asusta un poco, va a marcharse. El viejo la interrumpe.)

VIEJO

¿Tienes hielo?

HIJA

Sí, en la cocina. Donde debes comer.

(La hija sale).

4. Salón. El viejo sigue sentado a la mesa. Se levanta, se acerca a una mesita baja donde hay una colección de fotos. Las observa. Entra la hija. Cubierta con una toalla. Cabizbaja, casi sollozando.

HIJA

¿Queda algo de hielo?

VIEJO

Sí, en la cocina, donde debo comer.

(La hija se dirige a la cocina, antes de entrar mira el plato que hay sobre la mesa. Lo recoge y entra en la cocina. El viejo sigue mirando las fotos. Al poco entra la hija, sigue envuelta en la toalla).

VIEJO

Esta de aquí eres tú, qué cosas. Ni me acordaba.

HIJA

¿Por qué tendrías que acordarte?

VIEJO

¿Y tu madre? ¿Por qué tu madre no sale en ninguna fotografía?

HIJA

Nos dejó.

VIEJO

Eso ya lo sé, pero no es motivo. Entiendo que ni tu abuela ni yo estemos en esta galería familiar, pero tu madre...

HIJA

Incumplió una de las normas.

VIEJO

¿Y por qué no está encerrada en el cuarto o durmiendo con el perro?

HIJA

Fue una falta muy grave.

VIEJO

Tendréis que mostrarme las normas para saber cuáles son leves y cuáles son graves.

HIJA

Si te encierra en el cuarto es una falta leve.

(Callan).

VIEJO

¿Y qué pasa cuando cometes una falta grave?

(La hija está a punto de llorar. Suenan los pasos de Alfredo bajando la escalera).

HIJA

Papá es cariñoso.

VIEJO

Correosamente cariñoso.

(Entra Alfredo).

ALFREDO

¿Reunión familiar?

VIEJO

Conciliábulo.

ALFREDO

(A la hija) Son las cinco. El baño.

(La hija sale, sube las escaleras).

VIEJO

He comido en el salón.

(Alfredo se echa mano al cinturón).

No tan rápido, forastero. He tenido tiempo de pensar en algo. Quid pro quo.

(Pausa) Corintios 14:34

No me opongo, no te juzgo, yo te enseñé. Pero quiero mis privilegios. Tu casa, tu familia, tus normas y mis privilegios. Quiero yacer con una mujer.

ALFREDO

(Se ríe con energía)

VIEJO

Me vale una puta.

ALFREDO

¿A cambio?

VIEJO

(Hace el gesto de cerrarse la boca)

ALFREDO

Un viejo chocho amenazándome, es lo último. Si te doy privilegios querrás otros.

VIEJO

Tal vez.

ALFREDO

Una noche. Sólo una noche. (Pausa) Con la niña.

VIEJO

¡Tú eres un hijo de puta!

ALFREDO

Tú me enseñaste todo lo que sé. ¿Recuerdas? (Cada vez más violento) ¿Hace falta que te lo recuerde? ¡¿Hace falta?!
Mi casa, mi familia, mis normas.

La niña o nada.

VIEJO

Nada, hijo de puta. No de este modo.

ALFREDO

Nada, hijo de puta. No de este modo.

ALFREDO

Corintios 1:18 “¡Dejaré confundidos a los que creen que saben mucho!”

(Alfredo echa mano del cinturón).

NEGRO

5. Salón. El viejo entra con el cubo de plástico. La hija entra desde la cocina al salón, lleva una bolsa de hielo. Se cruzan las miradas. Entra Alfredo. Los contempla, siempre con severidad.

ALFREDO

¿Todo bien?

VIEJO

Perfectamente.

ALFREDO

Me alegra saber que la familia unida permanece unida. Normas, son imprescindibles para gobernar una casa, una ciudad, un país, una familia.

(A la hija)

Son las cinco, es hora del baño.

HIJA

(Parece sobresaltada o asustada)

Hoy no puedo, padre, tengo que estudiar.

ALFREDO

Son (pausa) las (pausa) cinco.

(Alfredo sube sale por la derecha, se escuchan los pasos de la escalera).

VIEJO

No vayas.

HIJA

Tengo que ir, son las normas.

VIEJO

No vayas, quédate conmigo.

HIJA

Tengo que ir.

VIEJO

No vayas.

HIJA

Es una falta grave.

VIEJO

No vayas, nos enfrentaremos a él.

HIJA

Eso es más grave.

VIEJO

Tu madre...

HIJA

Ella no quería que yo... ella se oponía, discutían, se enfrentaba a él. Ella no respetó las normas, ella no, no... ¡ella no está en las fotos!

VIEJO

¿Qué le hizo? ¡¿Qué le hizo?!

(Alfredo silba desde arriba).

HIJA

Tengo que ir, es una falta grave.

VIEJO

No vayas.

(Los dos se quedan parados, como detenidos en el tiempo.)

Alfredo vuelve a silbar, con más intensidad.

El viejo se dirige a la maleta, abre la maleta, saca un puñado de cartas).

Todas son de tu madre, todas. Me escribió durante nueve años. Nueve años. Todos los meses recibía una carta de ella contándome al detalle la infamia de tu padre. No podía hacer nada, estaba encerrado en el asilo como en una cárcel. Demencia senil. Cada vez más furioso y cada vez los médicos me diagnosticaban un cuadro más severo. Nadie me permitía salir. Me extrañó tanto que tu madre dejara de escribirme. Eché tanto de menos aquellas cartas. Era como encontrar brasas en un fuego apagado. Alentaban mi ánimo, daban fuerza y resistencia a una vida miserable entre cuatro paredes, sin ventanas, sin luz, sin contacto humano, sin el tacto de una mano amigable. Acariciaba las cartas como si pudiera acariciar el rostro de tu madre y le susurraba: “Tranquila, tranquila, saldré de aquí y me haré cargo de tu hija. Yo cuidaré de mi nieta, yo cuidaré a la niña”. (Pausa) Yo le prendí fuego a esa mierda de asilo. Yo. Con estas manos viejas, agrietadas y enfermizas.

(Alfredo aparece en escena).

ALFREDO

(A la hija) Te he estado llamando. Son las cinco, es hora del baño.

HIJA

No puedo, padre, tengo mucho que estudiar.

(El viejo saca un objeto contundente de la maleta).

ALFREDO

Conoces la norma.

HIJA

(Mira al viejo) No voy.

(Alfredo mira primero a su hija, luego al viejo, después vuelve a mirar a su hija. Silba señalando la escalera).

HIJA

(Indecisa)

No... no... no voy.

(El viejo se abalanza sobre Alfredo y comienza a golpearlo con furia, con una agresividad desmedida para su edad, como un animal).

VIEJO

¡Fue una promesa! ¡Fue una promesa! ¡Fue (pausa) una (pausa) promesaaaaa!

(Alfredo queda inmóvil en el suelo. El viejo comienza a morderle un brazo con fuerza, tirando de él, como un animal rabioso. La hija se queda inmóvil).

6. Salón. La hija y el viejo permanecen de pie en el salón, frente a frente.

VIEJO

Tendrás que cambiar las fotos. Quita las tuyas (alegre) y pon a tus abuelos.
 Recuerdo que teníamos una foto los tres juntos.

HIJA

(Sonriendo)

Sí, me acuerdo de esa foto. Estábamos en la playa, al borde del mar, el sol nos daba una aureola hermosa sobre nuestras cabezas. Como ángeles. Éramos felices.

VIEJO

Siempre lo fuimos. Echo de menos a la abuela.

HIJA

Y yo a mi madre.

VIEJO

Vuelve a poner fotos tuyas y llena esto de plantas, que den color a este salón sombrío, y sube todas las persianas, que entre la luz con fuerza. He echado tanto de menos la luz, como echo de menos dejarme acariciar por unas manos tiernas, amables, unas manos de mujer.

(La hija le acaricia la mejilla con ternura).

VIEJO

¿Qué hora es?

HIJA

Las cinco.

VIEJO

Todavía es temprano para bañarse.

HIJA

Pero te he preparado el baño, es la costumbre.

VIEJO

Pues entonces me baño.

(El viejo le da un beso en la mejilla y sale por la derecha, se escuchan sus pasos subiendo las escaleras.

La hija coge un marco con una foto del padre y lo tira al cubo de plástico que servía para las inmundicias del viejo, después otra, después otra.

Se escucha un silbido, el mismo silbido con el que llamaba el padre.

La hija se queda petrificada.

Se vuelve a escuchar el silbido.

La hija con la cabeza agachada se desabrocha la camisa y sale por la derecha)

Se escuchan pasos subiendo una escalera.

NEGRO

FIN

Joaquín Blanes. Correo electrónico: joaquin.blanes.mail@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2014.

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar